

Imprimir

—*Según usted, este libro tiene como punto de partida la entrevista que concedió a Le Figaro hace exactamente un año, titulada «La Tercera Guerra Mundial ha comenzado». Ahora constata usted la derrota de Occidente. Pero la guerra no ha terminado...*

—La guerra no ha terminado, pero Occidente ha salido de la ilusión de una posible victoria ucraniana. Todavía no estaba claro para todos cuando escribía, pero hoy, tras el fracaso de la contraofensiva de este verano y la constatación de la incapacidad de Estados Unidos y otros países de la OTAN para suministrar a Ucrania armas suficientes, el Pentágono estaría de acuerdo conmigo.

Mi observación sobre la derrota de Occidente se basa en tres factores.

En primer lugar, la deficiencia industrial de Estados Unidos con la revelación del carácter ficticio del PIB estadounidense. En mi libro, desmonto este PIB y muestro las causas profundas del declive industrial: la insuficiencia de la enseñanza de la ingeniería y, más en general, el descenso del nivel educativo desde 1965 en Estados Unidos.

Más profundamente, la desaparición del protestantismo estadounidense es el segundo factor de la caída de Occidente.

Mi libro es básicamente una continuación de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Max Weber. Él pensaba con razón, en vísperas de la guerra de 1914, que el ascenso de Occidente era en el fondo el del mundo protestante: Inglaterra, Estados Unidos, Alemania unificada por Prusia, Escandinavia. Francia tuvo la suerte de estar geográficamente unida al grupo de cabeza. El protestantismo había producido un alto nivel de educación, sin precedentes en la historia de la humanidad, la alfabetización universal, porque exigía que cada creyente pudiera leer las Sagradas Escrituras por sí mismo. Además, el miedo a la condenación, la necesidad de sentirse elegido por Dios indujo una ética del trabajo, una fuerte moral individual y colectiva. Con, en el lado negativo, algunos de los peores racismos que jamás hayan existido –antinegro en Estados Unidos o antijudío en Alemania– porque, con

sus elegidos y condenados, el protestantismo renunció a la igualdad católica de los hombres. La ventaja educativa y la ética del trabajo produjeron una considerable ventaja económica e industrial.

Hoy, simétricamente, el reciente hundimiento del protestantismo ha desencadenado una decadencia intelectual, una desaparición de la ética del trabajo y una codicia masiva (nombre oficial: neoliberalismo): el auge se convierte en la caída de Occidente. Este análisis del elemento religioso no denota en mí ninguna nostalgia ni deploraciones moralistas: es una constatación histórica. Por otra parte, el racismo asociado al protestantismo también está desapareciendo y Estados Unidos ha tenido su primer presidente negro, Obama. No podemos sino alegrarnos de ello.

—¿Y cuál es el tercer factor?

El tercer factor de la derrota occidental es la preferencia del resto del mundo por Rusia. Descubrió discretos aliados económicos en todas partes. Un nuevo *poder blando* ruso conservador (anti-LGTB) funcionó a pleno rendimiento cuando quedó claro que Rusia podía resistir el choque económico. De hecho, nuestra modernidad cultural parece bastante insana al mundo exterior: una observación hecha por un antropólogo, no por un moralista *retro*. Y además, como vivimos del trabajo mal pagado de hombres, mujeres y niños del antiguo Tercer Mundo, nuestra moralidad no es creíble.

En este libro, el último que he publicado, quiero huir de la emoción permanente y del juicio moral que nos rodea y ofrecer un análisis desapasionado de la situación geopolítica. Advertencia: se acerca una *salida* intelectual: en mi libro, me intereso por las causas profundas y duraderas de la guerra de Ucrania, lloro el fallecimiento de mi padre espiritual en historia, Emmanuel Le Roy Ladurie, y lo confieso todo: ¡no soy un agente del Kremlin, soy el último representante de la escuela histórica francesa de los *Annales*!

—¿Podemos hablar realmente de guerra mundial? ¿Y ha ganado realmente

Rusia? Estamos, en todo caso, en una forma de estancamiento....

—Los estadounidenses buscarán efectivamente un punto muerto que les permita enmascarar su derrota. Los rusos no lo aceptarán. Son conscientes no sólo de su inmediata superioridad industrial y militar, sino también de su futura debilidad demográfica. Sin duda, Putin quiere alcanzar sus objetivos bélicos ahorrando hombres y tomándose su tiempo. Quiere preservar lo que ha ganado en la estabilización de la sociedad rusa. No quiere remilitarizar Rusia y se preocupa por continuar su desarrollo económico. Pero también sabe que llegan clases demográficamente vacías y que el reclutamiento militar será más difícil en los próximos años (¿tres, cuatro, cinco?). Por lo tanto, los rusos deben acabar con Ucrania y la OTAN ahora, sin permitirles ninguna pausa. No nos hagamos ilusiones. El esfuerzo ruso se intensificará.

La negativa occidental a pensar en la estrategia rusa en su lógica, sus razones, sus puntos fuertes, sus limitaciones, ha conducido a una ceguera general. Las palabras flotan en la niebla. Militarmente, lo peor está por llegar para los ucranianos y Occidente. Rusia quiere probablemente recuperar el 40% del territorio ucraniano y lograr un régimen neutralizado en Kiev. Y en nuestras pantallas de televisión, justo cuando Putin afirma que Odessa es una ciudad rusa, seguimos oyendo que el frente se está estabilizando...

—Para demostrar el declive de Occidente, insisten en el indicador de la mortalidad infantil... ¿En qué es revelador este indicador?

—Fue al observar el aumento de la mortalidad infantil en Rusia entre 1970 y 1974, y el hecho de que los soviéticos dejaran de publicar estadísticas al respecto, cuando deduje que el régimen no tenía futuro en mi libro *La caída final* (1976). Se trata, pues, de una vara de medir que ha demostrado su eficacia. En este aspecto, Estados Unidos va por detrás de todos los países occidentales. Los más avanzados son los países escandinavos y Japón, pero Rusia también está por delante. Francia está mejor que Rusia, pero estamos sintiendo los primeros signos de un aumento. Y, en cualquier caso, estamos por detrás de Bielorrusia. Esto significa simplemente que lo que se nos dice de Rusia es a menudo falso: se presenta como un país en declive, haciendo hincapié en sus aspectos autoritarios, pero no vemos que esté en una fase de rápida reestructuración. La caída fue violenta, el rebote es asombroso.

Esto se puede explicar, pero significa en primer lugar que tenemos que aceptar una realidad diferente de la que transmiten nuestros medios de comunicación. Rusia es ciertamente una democracia autoritaria (que no protege a sus minorías) con una ideología conservadora, pero su sociedad se mueve, se hace muy tecnológica con cada vez más elementos que funcionan perfectamente. Decir esta realidad me define como un historiador serio y no como un Putinófilo. Cualquier putinófilo responsable tendría que tomarle la medida a su adversario. Insisto constantemente en que Rusia tiene, absolutamente igual que este Occidente creído decadente, un problema demográfico. La legislación anti-LGTB rusa, aunque probablemente seduzca al resto del mundo, no lleva a los rusos a tener más hijos que el resto de nosotros. Rusia no escapa a la crisis general de la modernidad. No existe un contramodelo ruso.

Crear un horizonte social con la idea de que un hombre puede realmente convertirse en mujer y una mujer en hombre es afirmar algo biológicamente imposible, es negar la realidad del mundo, es afirmar lo falso.

Sin embargo, no es imposible que la hostilidad general de Occidente estructure y arme el sistema ruso, desencadenando un patriotismo aglutinador. Las sanciones han permitido al régimen ruso lanzar una política de sustitución proteccionista a gran escala, que nunca habría podido imponer a los rusos por sí solos, y que dará a su economía una ventaja considerable sobre la de la UE. La guerra ha reforzado su solidez social, pero también tienen una crisis individualista, siendo los restos de una estructura familiar comunitaria sólo un elemento atenuante. El individualismo que muta plenamente en narcisismo sólo se desarrolló en los países donde reinaba la familia nuclear, especialmente en el mundo angloamericano. Atrevámonos con un neologismo: Rusia es una sociedad de individualismo marcado, como Japón o Alemania.

Mi libro ofrece una descripción de la estabilidad rusa, luego, moviéndonos hacia el oeste, analiza el enigma de una sociedad ucraniana en decadencia que ha encontrado sentido en la guerra, después pasa al carácter paradójico de la nueva rusofobia de las antiguas democracias populares, luego a la crisis de la UE y, por último, a la crisis de los países anglosajones y escandinavos. Este movimiento hacia el oeste nos lleva por etapas al corazón

de la inestabilidad mundial. Es una zambullida en un agujero negro. El protestantismo angloamericano ha llegado a un estadio cero de la religión, más allá del estadio zombi, y produce este agujero negro. En Estados Unidos, a principios del tercer milenio, el miedo al vacío se convierte en deificación de la nada, en nihilismo.

—¿No es demasiado halagador hablar de democracia autoritaria en Rusia?

—Hay que salir de la oposición entre democracia liberal y autocracia loca. Las primeras son más bien oligarquías liberales, con una élite desconectada de la población: a nadie fuera de los medios de comunicación le importa la remodelación del Palais Matignon. Por el contrario, otro concepto debe sustituir a los de autocracia o neoestalinismo. En Rusia, la mayoría de la población apoya al régimen, pero las minorías –ya sean homosexuales, étnicas u oligarcas– no están protegidas: se trata de una democracia autoritaria, alimentada por los restos del temperamento comunista ruso que había producido el comunismo. El término «autoritario» tiene para mí tanto peso como el término «democracia».

—Por su crítica a la decadencia de las «oligarquías liberales», podría pensarse que envidia el segundo modelo...

—En absoluto. Soy antropólogo: a fuerza de estudiar la diversidad de las estructuras familiares y los temperamentos políticos, he aceptado la diversidad del mundo. Pero soy occidental, y nunca he aspirado a ser otra cosa. Mi familia materna había huido a Estados Unidos durante la guerra, me formé en investigación en Inglaterra, donde descubrí lo francés que soy y nada más. ¿Por qué quieren deportarme a Rusia? Puedo percibir este tipo de acusación como una amenaza a mi ciudadanía francesa, tanto más cuanto que, pido disculpas, nacido en el medio intelectual, formo parte, en un sentido modesto y no financiero, de la oligarquía: antes que yo, mi abuelo había publicado antes de la guerra en la editorial Gallimard.

—Vincula la decadencia de Occidente a la desaparición de la religión -en particular del protestantismo- y data esta desaparición a partir de las

leyes sobre el matrimonio homosexual...

—No he expresado ninguna opinión personal sobre esta cuestión social. Sólo estoy aquí como sociólogo de la religión, muy contento de disponer de un indicador preciso para situar en el tiempo la transición de la religión de un estado zombi a un estado cero. En mis libros anteriores, introduje el concepto de estado zombi de la religión: la fe ha desaparecido pero persisten las costumbres, los valores y las capacidades de acción colectiva heredadas de la religión, a menudo traducidas a un lenguaje ideológico: nacional, socialista o comunista. Pero la religión alcanza un estado cero (nuevo concepto) a principios de este tercer milenio, que capto a través de tres indicadores –siempre busco indicadores estadísticos para evaluar tanto los fenómenos morales como los sociales: soy admirador de Durkheim, el fundador de la sociología cuantitativa, incluso más que de Weber.

En el estado zombi, la gente ya no va a misa, pero sigue bautizando a sus hijos; hoy, la desaparición del bautismo es evidente, estado cero conseguido. En el estado zombi, la gente seguía enterrando a los muertos, obedeciendo todavía el rechazo de la Iglesia a la cremación; hoy, la difusión masiva de la cremación se convierte en la práctica más generalizada, práctica y económica, estado cero alcanzado. Por último, el matrimonio civil de la época zombi tenía todas las características del antiguo matrimonio religioso: un hombre, una mujer, hijos que criar. Con el matrimonio entre personas del mismo sexo, que no tiene sentido para la religión, salimos del estado zombi y, gracias a las leyes de matrimonio para todos, se puede fechar el nuevo estado cero de la religión.

—*Con el tiempo, ¿no se ha vuelto un poco reaccionario?*

—»Me crió una abuela que me dijo que, sexualmente, todos los gustos están en la naturaleza, y yo soy leal a mis antepasados. Así que, LGB, bienvenido. En cuanto a T, la cuestión trans, es otra cosa. Por supuesto, hay que proteger a las personas afectadas. Pero la fijación de las clases medias occidentales en esta cuestión ultraminoritaria plantea una cuestión sociológica e histórica. Establecer como horizonte social la idea de que un hombre puede realmente convertirse en mujer y una mujer en hombre es afirmar algo biológicamente imposible, es negar la realidad del mundo, es afirmar lo falso.

La ideología trans es, pues, en mi opinión, una de las banderas de este nihilismo que define hoy a Occidente, de este afán de destrucción, no sólo de las cosas y de los hombres, sino de la realidad misma. Pero, de nuevo, no estoy en absoluto abrumado aquí por la indignación, por la emoción. Esta ideología existe y tengo que integrarla en un modelo histórico. En la era del metaverso, no sé si mi apego a la realidad me convierte en un reaccionario.

Emmanuel Todd

Fuente: <https://www.elviejotopo.com/topoexpress/llega-la-caida-final-de-occidente/>

Foto tomada de: <https://www.elviejotopo.com/topoexpress/llega-la-caida-final-de-occidente/>